

MRS. CALDWELL HABLA CON SU HIJO

Camilo José Cela, 1953

Esta obra "de signo vanguardista, surrealizante, fue malentendida en su momento como una señal de aparente desvío del autor respecto de sus cánones más dilectos", CJC. Los números entre paréntesis que acompañan cada párrafo indican la página en que el párrafo precedente se encuentra en las *Obras completas, Tomo 5*, de Ediciones Destino. Los comentarios entre corchetes son resúmenes o anotaciones mías.

EXTRACTOS DE LA OBRA

La cabeza, la geometría y el corazón

La cabeza del hombre no es herramienta de fiar ni máquina de la que se sepa, a ciencia cierta para qué sirve o para qué no sirve (339). La cabeza del hombre puede adoptar tres formas diferentes: de pepino, de dodecaedro y de icosaedro (339). Mi novela es, en su aparente desorden, un homenaje al orden y, en su lógica evolución, mi proclamado tributo al rigor lógico (342). Esta novela mía fue concebida, o intuita, como una medicina del espíritu (343). "Mrs. Caldwell..." no fue muy bien entendida a su aparición y me temo que aún hoy, salvo entre lectores con un delicadísimo sismógrafo en la conciencia, todavía no lo sea demasiado. Debo aclarar que [sus páginas] fueron probablemente escritas con cincuenta años de antelación (347). Hace casi un cuarto de siglo, Mrs. Caldwell], mi buena y desgraciada amiga, tenía amores con el conocido guitarrista [Pifa], que le daba gusto (también palizas). [Posible diálogo entre Caldwell y Pifa durante un polvo.] (348). (...) los dos miedos eternos: el miedo al hambre y el miedo a la soledad (...) El corazón del hombre es como un laberinto de mil venas de licor: la miel, la hiel, la mierda y también la sangre que brota a borbotones por el ojal de hierro (349).

A mi hermano Rafael

Advertencia

Conocí a Mrs. Caldwell en Pastrana, durante el viaje que hice por la Alcarria (...) En la fonda. Mrs. Caldwell me leyó un día, después de cenar, las páginas que estaba escribiendo en recuerdo de su adorado hijo Eliacim, tierno como las hojas del culantrillo, muerto heroicamente en las procelosas aguas del mar Egeo. [Tras la muerte de Mrs. Caldwell en el Real Hospital de Lunáticos, de Londres, un amigo común, capador de codornices, entrega a CJC las cuartillas que aquí edita] (353).

[Romance de Góngora: "Yace aquí, Flor, un perrillo / que fue en un catarro grave / de ausencia, sin ser jarabe, /lamedor de culantrillo". El jarabe de culantrillo era un remedio contra los catarros, pero en el poema de Góngora tiene un doble sentido, ya que, debido a la forma de su flor, el nombre latino del culantrillo es *capillus Veneris*: cabello de Venus.]

Cap. 1. Venías dando saltos como un querubín tonto (...) Tu padre se había pasado la vida dando saltos de las más variadas especies: de costadillo, saltos mortales, saltos polacos, saltos de alcaraván en celo, saltos mimosos (355) (...) pérfido mío, mi maloliente hiena familiar (356).

Cap. 2. [Dice la mujer del coronel:] Mi marido se llama Epifanía, bebe ojén y está operado de fimosis. ¿Y el suyo? –El mío está muerto (359).

Cap. 3. [Ligera desavenencia cuando Mrs. Caldwell pide a su hijo que la ayude a devanar una madeja de lana (360).]

Cap. 4. Hijo, baila conmigo este tango, llévame bien apretada contra ti, y canturrea por lo bajo esta letra repugnante que me devuelve la juventud y que me llena el pecho de malas intenciones (362).

Cap. 5. [Lamenta el despego de Eliacim por la tradición (362).]

Cap. 6. Cuando (...) su marido te dio aquel terrible golpe en la boca, yo, puedes creerme, me sentí orgullosa de ti (363).

Cap. 7. Eras un muchacho atormentado. Ponías al mundo un gesto huraño. Te sentías quizás más complicado de lo necesario. Componías tus versos y tus prosas sin gran acierto. Pensabas o, mejor aún, soñabas tus cosas con cierto gusto, con cierto rigor, incluso (363).

Cap. 8. En los jóvenes como tú existe siempre un poco la posibilidad de una desmedida afición a lo sinóptico. Yo te decía constantemente (...) pero tú, tercamente, te obstinabas en desoír los consejos de los mayores (364).

Cap. 9. Me gustaría que fueras (...) algo tan pequeño y elegante como un caballito del diablo, para poder llevarte eternamente cerca de mi corazón (365).

Cap. 10. Me llevaste al parque y en un banco de madera (...) me dijiste, poniendo un gesto tan trascendente que, por un momento nada más, bien es cierto, pensé en una declaración de amor (...) Tu vista fue detrás de la mía y juntas se posaron sobre un corazón atravesado por una flecha que aquellos amantes del otro día dejaron sobre la corteza del viejo nogal (365).

Cap. 11. [Celos de MC ante Isabel, una niña de seis años (366).]

Cap. 12. [La soltura de Eliacim como anfitrión en una fiesta conmueve a MC (366).]

Cap. 13. [Un joven profesor de solfeo yace ahogado en el fondo de una piscina (368).]

Cap. 14. [Añora la ausencia de su hijo en un día de lluvia (369).]

Cap. 15. [Hojea un periódico de provincias donde a veces escribe Eliacim (370).]

Cap. 16. [Evocación de Eliacim cuando era pequeño (370).]

Cap. 17. [Diatriba contra el botarate de su sobrino Ricardo y elogio de un buen vecino (371).]

Cap. 18. [Recuerdo de Eliacim subiendo a un tren de cremallera con sus esquíes al hombro (373).]

Cap. 19. [Le encantaría que su hijo tomase de postre chirimoyas con kúmel (373).]

Cap. 24. Comíamos debajo de cualquier arbolito y bebíamos agua recién nacida, agua de una fuente que brotaba a nuestros pies (376).

Cap. 25. [Descarga su ira contra una maestra (376).]

Cap. 27. [Eliacim trata de comprar unas ligas a su madre con una moneda falsa.] Tú, hijo, (...) te estremecías (...) igual que un recluta ante la bata de encaje de la mujer del coronel (379).

Cap. 28. [Eliacim se alegra de recibir un anónimo (380).]

Cap. 29. [Reflexiones sobre la sopa (381).]

Cap. 31. [Recuerda cuando se vestía y desnudaba ante la fotografía de fin de carrera de Eliacim.] Tú siempre torcías un poco el gesto al ver, sobre mi blanca piel, mi ropa interior de seda negra (382).

Cap. 32. [Revuelve los papeles secretos de su hijo, que acaba de morir (383).]

Cap. 33. El hombre no fue creado para trabajar, sino para holgar (...) Sólo cuando pecó y fue expulsado del Paraíso, se encontró con que tenía que ganarse el pan con el sudor de su frente. No amemos las maldiciones de Jehová (384).

Cap. 34. El instinto del amor hijo (...) ni tú ni yo lo tuvimos, o lo tuvimos tan guardado que no nos sirvió para nada (384).

Cap. 36. Siempre fue de buen tono quitarse la vida con veronal. Las almas van tomando un aire incierto y un color opalino, y los cuerpos languidecen, poco a poco, con una elegante tristeza, con un estudiado y amable abandono. El veronal, hijo mío, debe tomarse con champán y por la noche, como la resignación (385).

Cap. 40. El mar es una palabra que me causa náuseas, algo de lo que no puedo hablar con serenidad (388).

Cap. 42. A los hijos los tenemos tan sólo las madres. El padre, tu padre, jamás pasó de ser otra cosa que un elemento decorativo (390).

Cap. 43. [Identifica su pubis con la monarquía:] Descansa en un extraño limbo sin brújulas y sin reloj. El corazón no está en el pecho, sino clavado en lo más recóndito e inmostrable de nuestras monarquías. La monarquía es algo que no está vinculado a la persona del rey. Pero la monarquía, sin duda, necesita un rey que haga latir, con cierto objeto, nuestro insaciable corazón (391).

Cap. 44. [Compara el amor maternal en Italia, Francia, España e Inglaterra (391).]

Cap. 45. Yo amo la baraja española (...) Tú nunca sentiste gran atracción por la baraja española. Verdaderamente has sido un muchacho escasamente precoz en tu desarrollo glandular (392).

Cap. 46. No tiene mucho sentido esto de la ordenación urbana (393).

Cap. 47. Resulta entretenido ver pasar el tiempo por el cuellecito del reloj de arena (...) Está muy extendida la común creencia de pensar en que todos los lunes son lunes. Sería más hermoso que parte de la humanidad defendiese firmemente que algunos lunes son jueves (393).

Cap. 48. Hace ya tiempo, hijo mío, pensé que la soledad más rigurosa podría reflejar tu sombra sobre los objetos. Pero no fue verdad (...) Te podría jurar que todo lo hago para poder sentirte más cerca de mí más encima de mí (394).

Cap. 49. A veces (...) estoy tentada de destruir el invernadero (...) para poder solazarme entre sus ruinas, para poder pasearme descalza sobre los vidrios rotos, sobre los ladrillos rotos, sobre las enteras y milagrosas cebollas del tulipán (395).

Cap. 50. Mi soberbia fue castigada por Dios condenándome a tenerte presente, hijo mío, con la calavera convertida en cámara nupcial de las medusas (396).

Cap. 51. Yo quisiera componer una poesía en tu honor (...) en la que cupiesen las más bellas y significativas palabras: niño, gris, desesperanza, cautelosa huida, piernas, sacrificio, sentimiento, caramelo, próximo horizonte adiós. Si yo tuviera valor componería una poesía en tu recuerdo (...) en la que cupiesen las más bellas y significativas palabras: adolescente gris, irremisible, descarada huida, muslos, agonía, amor, fruta seca, horizonte en la mano, adiós para siempre (396).

Cap. 52. Me siento muy feliz cuando un escalofrío me recorre la espalda, o cuando se me eriza el vello de los brazos, o cuando noto recubriéndome las sienes una heladora y algo áspera piel. Entonces entiendo que por tus ojos sale un diminuto pez ciego (396).

Cap. 53. Así, Eliacim, los héroes más honestos, aquellos que, como tú, preferisteis dar a los peces marinos lo que no supimos retener las madres terrestres. ¡Ah, si fuera erizado y violento pez de los abismos, o finísima arena del fondo, o sal! (397).

Cap. 54. Me gustaría haber empezado (...) allá por el tiempo en que tú viniste al mundo, una bien ordenada colección de florecillas campesinas (...) Ahora que estoy tan sola, me pasaría las horas muertas delante de mi colección, como un sepulturero. Si tuviera una cumplida colección de florecillas campesinas, Eliacim, bajaría hasta el mar que te acuna para dejarla caer, de golpe, sobre las olas (398).

Cap. 55. Cuando era niña se me aparecía el diablo casi todas las noches. Unas veces fingía ser (...) tu abuelo. Mi padre, hijo mío, había sido siempre muy desgraciado porque aunque era muy feliz, no se lo creía. Cuando iba a darme la bendición, por las noches (...) olía con gran intensidad a azufre (398).

Cap. 56. Cuando se quiere con la firme decepción con que yo te quiero (395).

Cap. 57. Si pudiera encanallar mi lengua, jamás la volvería a mover para la virtud. El argot es un poco ese pariente tarambana a quien todos envidian y todos fingien despreciar. Yo hubiera querido para ti una vida de argot (399).

Cap. 58. Si viviéramos tú y yo en los tiempos de la navegación a vela, ¡ah, si viéramos tú y yo! En los tiempos de la navegación a vela, la mar semejaba una alcoba en la que, ¡qué pena haber nacido a destiempo!, tú y yo nos hubiéramos encontrado. En los tiempos de la navegación a vela, la mar fingía ser un bosque de amorosos senderos, una selva que había perdido su virginidad por amos (400).

Cap. 59. El arco de medio punto es un arco sencillo (...) pero no es la sencillez lo que yo quiero para ti. El arco de herradura es un arco elegante y peligroso, pero no es la elegancia, aunque sí el peligro, lo que yo, por lo menos cuando te imagino como hubiera deseado tenerte, quiero para ti. Con ciertas nociones de arquitectura, hijo mío, un hombre como tú es capaz de mostrarse irresistible ante las mujeres de la más varia edad, incluso ante las viejas como yo. [Pero] la verdad es que tú nunca tuviste las más elementales nociones de arquitectura. Tú eres más bien un desertor (400).

Cap. 60. Quisiera ser sucio pulpo del abismo, hijo mío, para poder abrazarte, para poder decirte al oído: ahora ya no te podrás escapar jamás. Y también quisiera (...) ser sirena del acantilado para poder gustarte un poco (401).

Cap. 63. El reloj de sol no adelanta ni atrasa. La enfermedad, para el reloj de sol, no se llama avería: se llama terremoto. Su muerte, Eliacim, sería la muerte del sol (404).

Cap. 65. Hay gentes que se desviven por los sucesos, los atropellos, los descarrilamientos, los raptos, los asesinatos. Sin los sucesos, miles y miles de hombres se sentirían desfallecer a diario, arrullados por el tenue y cotidiano relincho conyugal. Tú, que en tu día fuiste también suceso, aunque, ciertamente, no más que suceso colectivo, puedes apuntarte en tu haber muchos, muchísimos latidos de complacencia (405).

Cap. 66. Los carpinteros de ribera semejan aplicados y alegres fabricantes de ataúdes, disciplinados y jubilosos artífices de sólidas cajas de muerto (406).

Cap. 67. Me sobrecoge la idea de que Dios me castigue (...) convirtiéndome en perenne y solitaria hoja de cacto [Nada más alejado de las aguas que un cacto.] (407).

Cap. 68. Cuando me levanto pensando en ti, Eliacim, me pongo el traje bordado con cuentas azules. Y cuando me levanto pensando en ti, hijo mío, me pongo el traje bordado con cuentas verdes (408).

Cap. 69. Los hijos mayores suelen llevar pintado en la frente un borrón oscuro que les entenebrece el ánimo y la voluntad: ser hijo mayor es uno de los menesteres más peligrosos que puedan caber a un hombre (408).

Cap. 71. El hombre de la mina, Eliacim, guarda sus pensamientos en el hondo pozo del que sale, a diario, para llorar su asco sobre la luz de la tarde. El

material de la mina puede ser de tres clases: diamante, oro y carbón. No es cierto que haya minas de estaño (410).

Cap. 74. Los jóvenes como tú, hijo mío, van perdiendo la afición a los formativos libros de viajes (...) y prefieren repetir las necedades de los poetas. Pero yo puedo asegurarte que entre las ancestrales costumbres del Tíbet también figura el amor en sus más variadas manifestaciones. Me lo contó un español que se llamaba Santiago Rico. Yo estuve algún tiempo enamorada de él, aunque la verdad es que nunca fui correspondida, por lo menos correspondida del todo (412).

Cap. 75. La cocina vegetariana quiebra en sus fundamentos: el hombre necesita envenenarse para saberse hombre. El hombre es un animal envenenado, quizás el único animal envenenado (413).

Cap. 76. [Tío Alberto, coleccionista de ríos (413).]

Cap. 77. Tu madre, hijo querido, detesta de todo corazón casi todo lo que la rodea: el aire que respira, la asistenta que le lava las mejillas, el gato que se deja acariciar, el agua que bebe, el pan que come (...) (414).

Cap. 78. Eso que se llama la herencia de nuestros mayores suele ser una entelequia sin demasiado sentido. Cuando yo era niña y mi abuelito decía la herencia de nuestros mayores, se me cortaba siempre la digestión. Una de las primeras veces que engañé a tu pobre padre (q. D. h.) sentí grandes remordimientos de conciencia, porque mi amante me habló de la herencia de nuestros mayores (415).

Cap. 79. Si tuviera valor regentaría con mano dura una casa de huéspedes (...) a los que procuraría tratar mal (417).

Cap. 81. Yo conocí un tañedor de acordeón leproso [hijo de mujer y tiburón] (418).

Cap. 82. A mí me hubiera agradado mucho que te hubieses casado con Miriam, la tañedora de lira. Sé que es más bien feúcha, sé que tiene un ojo de cristal (...), sé que anda ya por los sesenta, pero, ¿a ti qué te importa, si estás muerto? ¿Verdad que si te fuera posible, complacerías a tu madre y tendrías muchos hijos con Miriam? Se lo voy a decir (419).

Cap. 83. El matrimonio, en sí, no es bueno (...) es sucio e impuro; el estado perfecto del hombre y la mujer es el del noviazgo. El matrimonio mata el amor o, por lo menos, lo hiere de mucha gravedad (419).

Cap. 87. Las nubes se forman con las almas de quienes mueren en la horca y con las almas de los niños que pecan antes de tiempo. Si te viese aparecer entre las nubes estoy segura que enloquecería de tristeza (422).

Cap. 91. La educación prematrimonial de la mujer, aun rozando la pornografía, es de una importancia como no sospechan nuestros gobernantes. Con la educación prematrimonial femenina, las recién casadas (...) serían el complemento de ese amigo desgraciado que todos los maridos tienen (425).

Cap. 96. ... acosados por el pálido espectro que habita en los bolsillos vacíos (429).

Cap. 98. Entre las mujeres, el instinto de maternidad viene ocultándose bajo el opaco barniz de la buena educación. Yo noté, no se lo digas a nadie, que no podía sustraerme al instinto de maternidad, el mismo día que tú estrenaste tu primer pantalón largo (430).

Cap. 99. Quisiera ser perro de lujo para no verme obligada a (...) vestirme de fiesta para recibir las condolencias de mis mejores y más antiguas amigas por tu desertión. Los perros de lujo viven muy al margen de todas estas ligaduras que atan a las madres de los héroes (431).

Cap. 100. El deporte fortalece los músculos, tonifica el alma, embota la inteligencia. O bien: el deporte arruina la fisiología, reblandece el espíritu, agudiza el discernimiento. Si hubieras sido deportista (...) quizá no pensase ahora como pienso (432).

Cap. 101. Hay días en los que los solitarios y las solitarias soñamos con la sublevación y queremos desayunarnos con cangrejos cocidos (432).

Cap. 102. Jamás beberé vino ni cerveza, me decías; nunca me gastaré mi dinero en labrar mi propia ruina (...) No creo que sea un signo de superioridad despreciar a la mujer por sistema o, cuando menos, por vanidad. Piensa que, en ocasiones, esa mujer que se siente despreciada puede ser la misma que te permite despreciarla. O amarla, ¡quién sabe! (434).

Cap. 105. Es una verdadera lástima que las mujeres no podamos usar sombrero de copa, como los lores. Si alguna mujer rompiese el hielo yo me apresuraría a seguirla. El sombrero de copa realza la figura del hombre, le da prestancia, le otorga empaque, le regala majestad. Si todos los hombres anduvieran de sombrero de copa, no habría guerras y tú podrías estar a mi lado (436).

Cap. 106. Hay gentes que se caracterizan por sus frases amables. En ocasiones, estas frases amables son oportunas y, en ocasiones, estas frases amables resultan extemporáneas y fuera de lugar (436).

Cap. 107. A mí no me resultan nada simpáticos los cazadores de focas, los hombres duros que persiguen con saña a los blandísimos animales. Yo pienso que cazar focas es un grave pecado (...) porque las focas se dejan matar como los cristianos primitivos, sin un mal gesto, sin un solo movimiento de rebeldía (437).

Cap. 108. Los peores miedos son los miedos inexplicables, los miedos sin causa ni razón, los miedos que vienen de dentro a fuera, que nacen en la sangre y no en el aire: el miedo a la oscuridad, el miedo a la soledad, el miedo al tiempo, los miedos que no se pueden evitar porque su substancia es nuestra propia y más íntima substancia. Yo siempre sentí predilección por los niños que se mueren de miedo. Tú, cuando eras niño pequeño, vivías en un continuo sobresalto, con los ojos poblados de atroces y permanentes miedos inexplicables (438).

Cap. 109. Las tómbolas se han hecho para que florezca la ilusión, no para que grane la ilusión. Cuando paso por delante de aquella tómbola de caridad suelo dejarme unas monedas en su caja. A cambio me dan unos papelitos doblados con

todo esmero, donde puede decir: vale por una máquina de coser eléctrica, pero donde suele decir: con tu donativo ayudas a que florezca la ilusión en los hogares pobres. A mí no me parece mal que florezca la ilusión en los hogares pobres. Tampoco me parece bien. En todo caso, el que florezca la ilusión, etc., es una subversión de valores. A pesar de todo, yo suelo dejarme algunas monedas en la caja de la tómbola (440).

Cap. 110. Créeme si te digo que no echo nada de menos la vida familiar. Sola no se está bien, es posible; pero haciendo vida en familia, tampoco. La vida en familia disuelve las familias, es la droga que hace estúpidas a las familias (440).

Cap. 111. En nuestra casa, Eliacim, desde tu falta, hijo mío, falta de todo, incluso de lo más superfluo, tal un pisapapeles de bronce (441).

Cap. 112. El reloj que gobierna la ciudad se ha parado, quizás de viejo, pero la ciudad ha seguido su marcha con un imperceptible y acaso saludable desgobierno (442).

Cap. 113. Las palomas, las odiosas palomas, las egoístas y antiguas palomas, baten el aire con desconsideración, como si el aire fuese suyo. Las palomas vuelan sobre las fuentes, sobre los ríos, sobre el mar, envenenando las aguas y clavando contra el suelo, con invisibles y largos alfileres, a los niños que se miraban, absortos, en las aguas (443).

Cap. 115. Yo le llevé mi pleito a aquel abogado sin pleitos porque pensé que tendría más tiempo libre (...) ¡Si viera usted lo sola que me encuentro! El abogado sin pleitos se levantó y (...) vino hacia mí, me estrechó entre sus brazos y me dio un prolongado y sabio beso en la boca (...) No lo volví a ver más pero te juro que el abogado sin pleitos era un hombre encantador, un verdadero y rendido caballero (445).

Cap. 116. Cuando empezaste a tener uso de razón, e incluso antes, yo procuré hacerte ver y respetar las más elementales reglas de cortesía. La cortesía es un bellissimo fraude, un fraude que reluce tan estérilmente como los cielos estrellados (447).

Cap. 117. Tu prima Pamela Caldwell se ha casado [con] el delantero centro del Fulham. ¿Tú sabías que tu prima tuvo dos novios del continente? (448).

Cap. 119. A mí me hubiese gustado ser una mujer Queen Anne, una mujer fecundísima y nada delicada, (...) recia como las mujeres normandas (451).

Cap. 120.1. La navegación fluvial tiene un raro parentesco con la criminalidad más alevosa; y un río es siempre un poco la memoria de un crimen cometido sobre la muchachita de tumefactas facciones que se paseaba sombríamente por las más estrechas y solitarias calles de la ciudad (451).

Cap. 120.3. La verdad es que no pude evitarlo, pero cuando noté que lo había ahogado contra mi regazo, lo tiré por la borda. No puedo seguir contándotelo porque sus ojos suplicantes, aquellos ojos que olvidé cerrar, quizás por falta de experiencia, se clavan en mis ojos insistentemente (453).

Cap. 121. Tú decías: Mañana voy a dar un paso decisivo en mi vida. Y volvías a casa con una mancha de rouge en el cuello de la camisa. No, hijo mío, no juguemos tan peligrosamente con las palabras. Los pasos decisivos no dejan huella: el pacto con el diablo es aséptico como un bien instalado quirófano (454).

Cap. 122. Fue más amable la era de los quinqués. Los quinqués se clasificaban en tres grandes grupos: quinqués zoo, quinqués herbolario y quinqués firmamento (454).

Cap. 123. Sobre las arenas del desierto se exhibe un gran muestrario de huesos de los más varios orígenes. Sobre las arenas del desierto te hubiera amado con descoco, con valentía, como no me atreví a amarte en nuestra ciudad, más por miedo a las paredes que nos cobijaban y al aire que respirábamos, que a las gentes que pudieran mirarnos e incluso fotografiarnos para nuestro vilipendio y nuestro orgullo. Pero sobre las arenas del desierto, aún podríamos vernos, sin que nadie lograra enterarse, y darnos de beber de nuestras cantimploras (456).

Cap. 124. A nadie más que a los blancos preocupa el problema de los pueblos de color. Y es que hoy tenemos la sartén por el mango, pero mañana ¿quién sabe lo que sucederá mañana? (457).

Cap. 125. [Eliacim, de smoking, en el teatro. A su lado, un joven banquero, rechazado por Miss Fiore, se vuela los sesos. Mientras Mrs. Caldwell limpia la sangre del smoking, Eliacim se muestra entusiasmado con el espectáculo (458)].

Cap. 126. Es más noble, en el sentido de más aristocrático, más inútil, quizás también más gallardo, el tiro con arco que el tiro con honda. El tiro con arco educa las voluntades y sosiega los árboles de los nervios (458).

Cap. 127. Echo mucho de menos en nuestra ciudad un museo de figuras de cera en el que pudiésemos ver a todos los grandes sanguinarios de la humanidad. A falta de taxidermia, que pudiera representarnos los personajes más a lo vivo bien está la cera, que por lo menos es capaz de representarnos los personajes más a lo muerto (459).

Cap. 128. Las más hondas simas del odio se abren entre los eruditos, los músicos y los jugadores de ajedrez. El ajedrez es un juego odioso que ha tenido buena prensa, una apología de la traición que se ha vestido con la inocua y alba piel de cordero del pasatiempo. El ajedrez es un juego para almas astigmáticas, algo que debemos apartar de nosotros como un cáliz amargo (461).

Cap. 129. Cuando tú fumaste tu primer cigarrillo y echaste una larga bocanada de humo por la nariz, yo estuve a punto de romper a llorar con desconsuelo, como una mujer muy enamorada de su marido que recibiese por teléfono la noticia de que se había quedado viuda de repente. El tabaco es bueno para la salud aunque a veces resulte malo para la salud. Si yo fuera un gran orador político o religioso emprendería una cruzada en pro del tabaco habano bajo el slogan: No dejaros quemar, quemad (462).

Cap. 130. El itinerario de tus viajes de prácticas fue algo capaz de llenarte de dicha. [Eliacim realizaba compras y enviaba postales desde:] Gibraltar. Son de mucha solvencia los cosecheros de vinos de Jerez, los Mackenzie, los Gordon los

Williams, los Sandeman, los Spencer, los Osborne, los Terry; también es muy conocido Mr. González. [Argel, Nápoles, Alejandría, Port Said, Colombo, Singapoore, Manila, Hong-Kong] (463).

Cap. 131. Si, antes de nacer, se nos diera a elegir el destino que quisiéramos tener, yo escogería ser tímido ciervo de las praderas. Porque sobre las praderas aún brilla, de cuando en cuando, el fulgor de la mano de Dios, esa clemente esperanza que se pinta de hierba verde (465).

Cap. 132. En una pajarera guardaría tu minúsculo corazón hasta que le brotasen alas del íntimo color de la flor del manzano (466).

Cap. 133. Tú publicaste un anuncio que me llenó de dolor: deséase amante de cintura estrecha. ¿Por qué esa cruel puntualización? Tu madre tuvo durante muchos años una estrecha cintura por todos admirada. Pero pasó el tiempo de las desgracias y tu madre perdió, casi sin darse cuenta, su estrecha cintura. Aun sin cintura estrecha una mujer puede hacer muy feliz a un hombre (467).

Cap. 134. De haber sido [tus labios] inmensos y virtuosos como el fuego, yo no me hubiera atrevido mirarlos con el descaro con el que a veces, ¡bien pocas, por cierto!, me atrevía a hacerlo (468).

Cap. 135. Sí. Es un bello silbido que solemos dejar huir con una ignorante indiferencia. Por escuchártelo pronunciar yo te preguntaba las cosas más varias y previsibles: ¿te has bañado?, ¿es de día? (...) Yo nunca fracasé contigo porque jamás te pregunté una sola palabra sobre la que tuviera duda alguna de tu respuesta (469).

Cap. 136. Las más jóvenes suicidas, aquéllas que tienen la cabeza tan bien dibujada como las de los poetas franceses, sueñan, en las noches más húmedas y acogedoras, con largos e imposibles paseos de amor sobre las blancas rocas donde bate el mar (471).

Cap. 137. Cuando tú eras niño, tu padre (q. D. h.) te regaló unos lápices de colores que tú recibiste con gesto huraño porque lo que tú querías era dibujar a pluma los más tiernos e inaprensibles objetos un barco hundido una flor muerta (472).

Cap. 138. Las heterodoxias son como las monedas, que, además de tener dos caras, suponen siempre un valor entendido (472).

Cap. 139. Cuando a ti te metieron en la cabeza esta idea de la gimnasia respiratoria, estuviste unos días hablando solo y reprendiéndome por todo. ¡Qué disgustos me diste aquella dichosa temporada de la gimnasia respiratoria! (473).

Cap. 140. Las rollizas cocineras de la vecindad, rebosantes de vida, engañan a sus novios con el guarda del depósito de cadáveres, que tiene el vaho de los muertos escondido en la muela del juicio. Los pintores de naturalezas muertas pintan con antifaz para que no los conozcan. Los niños pequeños de los pintores de naturalezas muertas tienen una gran propensión a morir aplastados por un taxi o por un autobús (474).

Cap. 141. El ocio es un amable regalo de los dioses. Los hombres ociosos son la imagen misma de la más alta perfección moral. En tus largos ocios submarinos, ¿no presientes que hubiéramos podido ser breve e intensamente felices en el momento en que nuestros ocios coincidieran como la luna y el sol en los eclipses, uno encima del otro? (474).

Cap. 142. Las más extrañas y saludables mujeres se suelen dar entre la clase media [y] suelen llevar un hervidero de alacranes latiéndole en el alto y poderoso seno (475).

Cap. 143. No consigo desentenderme del tiempo que pasa, de la lluvia que cae, del té que bebo, del hombre con el que me cruzo por la calle, del perro aterido de frío que araña la puerta de la casa, de tu memoria (476).

Cap. 144. Amo la nieve sucia, la nieve pisada por las gentes que no sé cómo se llaman. Sobre esta nieve dulcemente sucia me dejaría morir de abandono. Sobre esta nieve carnalmente sucia pienso que no me habría de pesar la muerte. Yo amo la nieve sucia, la nieve entregada a todos los hombres de la ciudad (477).

Cap. 145. Allí donde se aman los gatos más escuálidos y sarnosos, donde se asfixian los músicos que se volvieron tísicos de tocar la corneta, donde se pudren las cabezas de los pescados, donde se esconden los niños masturbadotes, donde orina el vendedor ambulante, donde se prostituyen las madres de familia (...), vive ese aire maldito que duerme entre las casas. Hay días en los que me sería imposible vivir sin él (478).

Cap. 146. [Repaso a los fetiches de Eliacim] (478).

Cap. 147. Amé tres días el martes, el miércoles y el jueves de esta semana, al granjero Tom Dickinson. Pero no se lo quise decir porque temí obrar mal (481).

Cap. 148. Desde que me encontré el portamonedas del [joven] ahogado, duermo con él debajo de la almohada y me siento relativamente más feliz (481).

Cap. 149. El gato paladín de mi amiga [Martha MacCoy] desapareció el otro día sin dejar rastro (482).

Cap. 150. Jugar con barro, ponerme las manos y el vestido perdidos de barro, es algo que ha llegado a enviciarme. El barro puede resultar muy peligroso si no se llega hasta él con todos los remordimientos sujetos y todos los sentidos alerta y en tensión. El humo, en cambio, puede usarse sin peligro por todos, incluso por las gentes más torpes. El humo es como el sueño, algo que no se puede coger. El barro se puede poner sobre la mesa; lo que sucede es que no es aconsejable (483).

Cap. 151. La gentil Dorothy ha muerto en el hospital. ¿Te acuerdas de lo nervioso que te pusiste aquella vez que Dorothy, jugando a las prendas, te pidió que la besaras con cierto entusiasmo, pero sin arrebatos? (483).

Cap. 152. El otro día perdí la ocasión de comprarme un escolar entristecido. Yo me entretuve en regatear el precio, porque al escolar entristecido había que empezar por calzarlo y vestirlo de arriba abajo, y una señora se me anticipó y se lo llevó de la mano (484).

Cap. 153. Los músicos especializados en [la música de fondo] suelen tener los resquicios de la cabeza nublados por un vaho tibio y traslúcido... (486).

Cap. 154. Yo, para ser feliz, necesito llevar encima una prenda determinada, de un color previsto (...) ¿Podrías tú adivinar, tú, que ya eres un hombre, a qué clase de prenda aludo? Te daré un dato que quizás pueda servirte de orientación: en estos momentos me siento febril (487).

Cap. 155. La última vez que saliste de casa, te despediste, incluso con cierta emoción, de nuestro ciervo disecado. Con su aire triste y resignado el ciervo que me mira y me amenaza desde la pared me hace mucha compañía. Aún así no mira ni me habla, ni me sonrío, pero yo pienso que todo se andará. A los ciervos disecados no se les consiguen hacer reaccionar así como así (487).

Cap. 156. En los papeles en blanco duermen las grandes obras literarias del futuro. A veces siento tentaciones de enfrentarme con los papeles en blanco y empezar a poner letras, unas detrás de otras a ver lo que sale (489).

Cap. 157. Los olores que nos despiertan los más ruines y delicados instintos suelen ser los oficialmente mejores olores: la rosa, el jazmín, la violeta (489).

Cap. 158. En esta II Asamblea [de la Liga de los Bacilos Ácido-Resistentes] no se trató sino una cuestión: el exterminio de la especie humana, jalón necesario para la conquista del poder. Herr Augustus Friedenbergr en cuyos pulmones se venían celebrando las sesiones de la LIBAR, quiso acabar con la Asamblea y recurrió al rimifón, a la estreptomocina y al neumotórax. (Antes de que se me olvide: aquella cuenta de serpentinas que me parecía un poco excesiva ya la he pagado.) El género humano, para la LIBAR... (491).

Cap. 159. Aquella fuente rota del jardín, cuando llegaba el invierno y le caía la nieve por encima, cantaba con su más queda voz unos tenues y amorosos lamentos que sólo yo entendía. Me acuerdo que aquel marqués italiano tan aficionado a las bellas artes me insistió tanto [en que le descifrara el canto de la fuente] que le rogué que me pidiese cualquier otra cosa a mi alcance para complacerle, y el marqués italiano me desnudó y me llenó el cuerpo de latigazos [cuyas señales aún podría mostrarte] (492).

Cap. 160. Recuerdo la noche que te pasaste bailando vales vieneses con aquella insignificante muchacha a la que envidié y odié con todas las fuerzas de mi corazón, aquella insignificante muchacha que rompió a llorar cuando tú quisiste besarla. Los vales vieneses no son propicios para el amor, son más bien aptos para adiestrarse en las acompasadas artes del matrimonio. El amor es una arritmia. Cuando en la radio suena un vals vienés, yo me descalzo y salto por encima de los muebles hasta caer rendida y casi sin respiración. Entonces, lloro un poco y beso tu fotografía (493).

Cap. 161. La campana de bronce que suena por encima de los montes [me distrae de pensar en tí]. Entre mis amigas o conocidas de la vecindad ha escuchado jamás la campana de bronce, y cuando les hablo de ella me miran con un extraño gesto que me irrita (494)

Cap. 162. Fue un espectáculo imborrable el del niño encendido [que corría incendiando los campos, los bosques los barcos el ganado, los pájaros y los ángeles] (496).

Cap. 163. Al lado de tu retrato, de uno de tus retratos, duerme la caracola de nácar que acaricio como pudiera mimar la garganta de una doncella (497).

Cap. 164. Mi corazón, por lo visto, está encalleciéndose con el paso del tiempo, endureciéndose con la veloz carrera del dolor. A la muerte del más viejo árbol de la ciudad no le dediqué más que un día de lágrimas. Su leña, que se la compré al municipio arderá en mi chimenea. ¡Qué inmensa alegría! (498).

Cap. 165. Si no diese lugar a murmuraciones, yo metería en casa a todos los músicos callejeros que encontrase tocando a la puerta de las tabernas y de las iglesias (...) que el diecisiete de abril, tu cumpleaños, se brindarían gustosos y sonrientes a interpretar, a l puerta de tu vacío cuarto, las piezas que más pudieran agradarte (499)

Cap. 166. ¡Qué triste el marinero desembarcado, el marinero que perdió una pierna en tierra firme, atropellado por el tren! Al marinero desembarcado le di cake y medio, llegué a servirle veintitantas tazas de té, se fumó todos los cigarrillos que tenía en casa [y] me pareció verlo, durante unos momentos, algo menos triste quizá (500).

Cap. 167. La sed es palabra que no debiera atreverme a pronunciar ante ti, que estás sediento entre tanta agua (501).

Cap. 168. Matilde Help tiene un caprichoso y hondo escote por el que resbala la historia, Alejandro, Julio César, Napoleón, Víctor Hugo. Matilde Help tiene ya dos años y habla con una claridad asombrosa (502).

Cap. 169. Todos los días por la mañana leo con mucho detenimiento la sección de sucesos del periódico, a ver cuántos niños han muerto aplastados a la salida de la escuela. Aunque te parezca pasmoso, casi ningún día mueren niños aplastados a la salida de la escuela. Yo no sé si sería más conveniente para todos que los automovilistas recibieran órdenes muy concretas de atropellar un par de niños o tres cada dos días, a ver si se llegaba a poner coto a tanta desaforada alegría sin sentido (502).

Cap. 170. Con la luz apagada, poco antes de irme a dormir, me suelo quedar un rato contemplando el rescoldo de la chimenea. Algunas noches afortunadas, entre los últimos brillos del rescoldo, te presentas tú, con los ojos cerrados y me dices unas palabras en una lengua extraña en la que no consigo entenderte, en una lengua extraña que quizás pudiera ser griego (503).

Cap. 171. Si me sobrasen unas libras, me compraría una máquina de escribir para pasarme el día dándole a las teclas, aunque fuera de un modo desordenado y arbitrario (505).

Cap. 172. Los libros antiguos, según aseguran los entendidos, son verdaderos pozos de sabiduría. Cuando tú ibas por el camino de los sabios yo soñaba con poder ofrecerte algún día un libro antiguo que te diera la clave de todas las cosas. Pero ahora que ya los libros antiguos no pueden servirte par nada, porque

en el fondo del mar se adivinan aún las cosas que los libros antiguos no consiguen esclarecer, yo rechazo los libros antiguos (506).

Cap. 173. ¡Ay, hijo, si supiéramos para que nos valen las manos! ¡Ay, hijo, si pudiéramos usar las manos para sujetar aquello que no quisiéramos dejar huir jamás! ¡Ay hijo, si las manos pudieran servirnos, al menos, para decir adiós! (506).

Cap. 174. Era un pez sin escamas, un pez liso, suave y sin nombre como una muchacha. Lo traje a casa pensando que a ti te hubiera gustado mucho acariciarlo lentamente. Mi pez sin escamas era de un bello color naranja que después se fue apagando, quién sabe si contagiado de la tristeza a que yo estoy condenada. Yo intenté reanimar con mi aliento al pez sin escamas, pero se me escurrió de la mano y se mató contra el suelo. (Pienso que el pez sin escamas, de haber sido más dócil, no hubiera hallado la muerte.) Tristísima con la muerte de mi pez sin escamas, lo conservé a mi lado hasta que ya olía muy mal. Entonces, me senté en el suelo y lo eché al fuego de la chimenea. Mi pez sin escamas era un pez liso, suave y sin nombre como una muchacha que se sabe abrazada por un hombre fuerte (508).

Cap. 175. Tú venías gozoso con tu figurita de marfil en el bolsillo sin saber que aquella figurita encerraba el alma de una prostituta china que había sido muy desgraciada después de haber conocido la felicidad. Y tú ignorabas que aquella figurita china guardaba el recuerdo de varios horribles crímenes cometidos por los asesinos más pálidos y sonrientes de cada tiempo. Tú usabas con ella un cariño más firme y de mejor ley que el que guardabas para tu madre (509).

Cap. 176. No ignoro tus más velados pensamientos [que] pudieran englobarse en tres únicas clases: a) Pensamientos en los que imaginas hacer ostentoso tu amor hacia todo lo que me rodea para encerrarme en una fría isla de indiferencia; b) Pensamientos en los que discurreς darme a entender que soy una rémora en tu vida y que tú procuras apartar las rémoras de tu camino; c) Pensamientos en los que me deseas abiertamente la muerte (510).

Cap. 177. Cuando miro al verde mar, siempre creo ver botellas flotando con un desesperado mensaje escondido en su vientre. Las botellas que los naufragos lanzan se convierten, al pasarles los años por encima, en fieras hembras de tiburón (511).

Cap. 178. Navegando sin brújula, el iceberg, contigo encima, vuela a una velocidad increíble. [permutando el orden de los distintos elementos de esta frase repite 24 veces la misma idea.] (513).

Cap. 179. Con su varita de nardo en la mano y sus antiparras de gruesos cristales, el avaro se está quietecito, para no gastar, mientras sus hijos sueñan con los sándwiches del funeral. A mí me gustaría que tú hubieras sido un avaro cargado de años y de riquezas (514).

Cap. 180. Si te hubieras perdido en un jardín olvidado yo jamás me cansaría de buscarte con luces, y con la varita de avellano que alumbra las aguas y los tesoros ocultos hasta que hubiera dado contigo, a lo mejor convertido en una brizna de hierba (515).

Cap. 181. Te limitaste a decir: desde mañana necesito almorzar con miel de abejas, es un producto que robustece el organismo y prolonga la vida. La miel de abejas, Eliacim, es el alimento de los pardos y toscos osos del bosque, de los renegridos y toscos leñadores del bosque, de los crueles y toscos cazadores de osos del bosque. Y jamás de los jóvenes que algunas veces leen atentamente a Lord Byron (516).

Cap. 182. Puedo asegurarte que fue aquel un entierro sin ningún interés. Va listo el pobre Mr. Quaking como lo reciban en el otro mundo igual que lo despidieron de éste (517).

Cap. 183. Tus fotografías en artificiales y convencionales colores parecen, miradas al trasluz, flores disecadas. Tus ingenuas fotografías en color, con las que tanto entretenías a las bobaliconas chicas de la vecindad, las guardo bajo siete llaves para no sentirme obligada a sonreír, al verlas (518).

Cap. 184. En tus aniversarios, y en los restantes días cuando me siento aún más sola que de costumbre, contemplo y acaricio dos mil pedazos de aquel hermoso jarrón que estalló, sin que nadie lo tocara, el día de tu primer aniversario. (Los pedazos del jarrón estallado están calientes, muy calientes, en tus aniversarios, y después, poco a poco se van enfriando.) (519).

Cap. 185. Si hubiera tenido ocasión de regalarte un barco de cerillas suecas, las cerillas que no fallan jamás, ten la seguridad de que no la hubiera desperdiciado (520).

Cap. 186. El pan que comemos es un alimento nocivo para el cuerpo y para la memoria, el entendimiento y la voluntad. Los grandes hombres jamás comieron pan. El legislador del futuro prohibirá el consumo de pan (521).

Cap. 187. Solías demostrar cierta inclinación al sibaritismo que a mí en ningún caso podía parecerme mal. El sibarita lleva un espejito en el corazón para conseguir reflejar, en su propio orgullo el mundo de los demás. El conforme con todo lleva un espinoso cardo, o un fiero erizo, en el corazón. La educación de los hijos debe tender a inculcarles las normas de lo que, si no averiguan a tiempo, aprenden después desordenadamente y sin provecho para nadie, incluso con grave perjuicio para ellos mismos. Vivir según los exigentes dictados de la no conformidad es altamente educativo (522).

Cap. 188. En la almohada de tu madre aparece todas las mañanas una mancha de sangre. Es el pulmón; toso mientras duermo, y escupo sangre. La mancha de sangre de mi almohada suele parecerse a ti. Tus retratos de sangre los recorto cuidadosamente y, para que no se deshilachen, suelo hacerles un dobladillo todo alrededor; en esto vengo ocupando ahora casi todo mi día (523).

Cap. 189. Cerca de nuestra casa se ha instalado un sastre sirio muy sentimental, que llora cuando hace frío. El otro día hablé con [él] del mar Egeo y también lloró (524).

Cap. 190. Cuando me decías, ¿a ver, a ver?, yo, aunque te mostraba sumisamente lo que querías ver, me sentía invadida por la ira. La enfermiza curiosidad que demostrabas por todo menos por las cosas referentes a mí era algo

que amenazaba con haberte llegado a destruir. Cuando me decías, ¿a ver, a ver?, a mí me entraban ganas de ahogarte (526).

Cap. 191. Me siento desesperada, aunque no desesperada con entusiasmo (527).

Cap. 192. Cogidas de la mano, las tres gruesas damas turcas iban de compras (528).

Cap. 193. La vieja cortina de seda color granate en la que me seco las lágrimas se ha empezado a romper por algunos lados. No me hago a la idea de que pueda morir antes que yo; siempre quise creer que había de durar eternamente y, desde luego, mucho más que yo. Yo le digo: no te preocupes, por vieja que estés yo no te apartaré nunca de mi lado. Pero la vieja cortina, es posible que muda de pavor, no me responda. Quizás ignore el inglés; yo, por lo menos, no se lo oí hablar jamás (529).

Cap. 194. ¿Conoces los sentimientos de la madera, el amor, la responsabilidad, el temor, el odio, la lealtad, la pureza de la madera? No es lo mismo comer en una mesa de madera leal, que comer en una mesa de madera cobarde; dormir en una cama de (...); ser enterrado en un ataúd de (...) (530).

Cap. 195. Pálido y tembloroso, el estudiante de astronomía paseaba, con su novia de la mano (...) Encorvado, flaco y tosedor, el estudiante de astronomía paseaba con su novia sentada en un hombro (531).

Cap. 196. Todo es muy simple, de una simplicidad que sobrecoge. Una mujer nace, crece, se casa, va de compras, tiene un hijo, engaña a su marido, se cuida aparentemente del hogar, pierde a su hijo, hace obras de caridad, se aburre y muere. Un hombre nace, crece, aprende un oficio, se casa, procura ganar cada día más dinero, tiene un hijo, es engañado por su mujer, va al club por las tardes, pierde a su hijo (...) Hay hombres, sin embargo, que se ahogan con el oficio recién aprendido (533).

Cap. 197. Tras los visillos veo cómo se afana, cómo trajina y muere la gente que pasa por la calle. La gente que pasa por la calle [es] aburrída, resignada monótona (...) con sus úlceras de estómago, sus disgustos familiares, sus insensatos proyectos, con sus desnutriciones, sus lesiones tuberculosas, sus amores sin compensación, [marcha] camino del suplicio. Desde mi atalaya se pierden casi todas las esperanzas (534).

Cap. 198. ¡Qué temerosamente, qué sabiamente, qué disimuladamente, qué silenciosamente, qué cautamente, qué taimadamente alegres y venenosos y malditos los enfermos, los hombres y las mujeres que duermen, y se masturban, y agonizan sin lágrimas, sin responsabilidad, en la fría y húmeda, en la sucia y larga, en la lóbrega y oscura sala del hospital, denunciándose, y robándose, y zancadilleándose los unos a los otros! (535).

Cap. 199. El matrimonio bien avenido a que me refiero se dedica, con gran entusiasmo, a la murmuración. Yo admiro muy sinceramente al matrimonio bien avenido porque han alcanzado una sólida reputación en el distrito. Se escucha decir a sus víctimas, ¡espejo de caballeros, él; ella, pozo sin fondo de virtudes! (537).

Cap. 200. Con su carita de conejo, el compinche de la permanente sonrisa va viviendo. Es un hombrecillo amable y servicial que lo mismo sirve para un roto que para un descosido. Yo lo distingo con mi amistad y lo traigo a comer a casa una vez por semana. A pesar de que lo trato desde hace ya algún tiempo, ignoro cómo se llama (538).

Cap. 201. Dentro del frío corazón de las esculturas de los jardines, duermen, por el invierno, las ranas sin hogar. Me lo dijo un radiólogo checo, un verdadero sabio especializado en obtener radiografías de esculturas (539).

Cap. 202. El otro día, revolviendo en el fondo de un baúl, me encontré tus zapatillas de invierno y se las regalé a un pobre. Ya nada me importa, lo único que quiero es alejar de mí las zapatillas de los muertos, aunque ese muerto seas tú (541).

Cap. 203. Ayer me encontré mal cuando te estaba escribiendo; no tuve fuerzas para llegar hasta la alcoba y me quedé dormida en la butaca de al lado del fuego. Mi carta de ayer ha debido quemarse. Cuando esta mañana me desperté estaba amanecido. Son tristes, muy tristes, las amanecidas sobre la ciudad (541).

Cap. 204. Acabo de soñar que nos casábamos tú y yo, el uno con el otro, ¡qué sueño más chistoso! Entre mis testigos estaban tu pobre padre (q. D. h.) y el compinche de la permanente sonrisa, un amigo mío del que, a lo mejor, algún día te hablo. A los acordes de una marcha nupcial tú me sacaste en brazos hasta la calle. ¡Ay, que sueño más chistoso y más feliz! (543).

[Este capítulo no estaba en las dos primeras ediciones. Su inserción provocó un desplazamiento de la numeración en los capítulos siguientes.]

Cap. 205. Yo ahora necesitaría muy urgentemente una saludable reacción que me hiciera salir del marasmo en el que me voy sumergiendo, que me hiciera flotar sobre este aburrimiento que me sujeta durante horas y horas, clavada a la butaca, mirando para cualquier esquina del techo, esa esquina que jamás se abre ni se abrirá jamás para que por ella se cuele la saludable reacción. Pero ya nadie demuestra interés porque pueda agarrarme a la última saludable reacción como a un clavo ardiendo. Cada vez importo menos (545).

Cap. 206. Si tuviera conmigo tu mano de escayola, me acariciaría con ella la mejilla. Las madres que nos conformaríamos con guardar las orejas del hijo muerto envueltas en un pañuelo de hilo, ¿cómo no íbamos a dar lo que se nos pidiese, a cambio de una mano de nuestro hijo vaciada en escayola y cortada por la muñeca? (546)

Cap. 207. Hoy he recibido una extraña visita: un médico con cara de loco (ignoro quién me lo mandó) que se pasó dos largas horas haciéndome preguntas impertinentes. Yo, que no conseguí interesarme por su huera conversación, le fui contestando a voleo, sí o no, según me iba pareciendo. A veces pienso que acabarán por volverme loca entre todos (547).

Cap. 208. Llevo dos días sin escribirte. He estado muy ocupada preparando un minucioso inventario de toda la casa: (...) espejos, cinco, dos grandes, uno de ellos roto, y tres pequeños, dos de ellos rotos. A mí siempre me gustó tener las cosas bien ordenadas, y la ausencia que preparo, una ausencia de una temporadita que preciso para reponerme, debe dejarme tranquila en cuanto al

buen orden de nuestra casa. (Anoche soñé que entraba en un bazar a comprarme un muñeco). [El dependiente del bazar es Eliacim, que huye a esconderse en un prostíbulo, debajo de una cama.] (550).

Cap. 209. ¡Adiós, inhóspito, asqueroso, traidor hogar! ¡Adiós, frías pareces irremisibles, madera de patíbulo, feroz hogar! ¡Adiós, aire viciado, recuerdo viciado, viciado hogar! Me voy sin pena, hasta alegremente y sin intención de volver jamás a verte. Si hubiera tenido valor, hijo, mío, nuestra casa, a estas horas, estaría ardiendo con unas llamas inmensas y temblorosas (551).

Cap. 210. El aire. Tengo la habitación llena de aire, amor mío, de un extrañísimo aire que anima a no pensar, que me induce a pasarme todo el día tumbada encima de la cama, esperándote. (Mis mejores amigas, a pesar de su promesa, no han venido a verme) (553).

Cap. 211. La tierra. Tengo la habitación llena de tierra, amor mío, el cuerpo lleno de tierra, los ojos, y la boca, y los senos inútilmente llenos de tierra, amor. En la tierra de mi habitación he plantado más de mil varitas de nardo para que se beban todo el aire que sobra (553).

Cap. 212. El fuego. Mi habitación está llena de fuego, amor mío y en mi carne se levantan quemaduras grandes como manos que acarician, extensas como manos insaciables y sabias (554).

Cap. 213. El agua. No puedo con el agua que cae del techo, amor mío, que mana de las paredes, que brota del suelo, que fluye de los muebles, y de las ropas de la cama. El agua es algo que quisiera apartar de mí, algo que quisiera también haber apartado de ti cuando todavía era tiempo.

N. del T.- En el original de Mrs. Caldwell siguen dos últimas cuartillas indescifrables, con inequívocas señales de haberse pasado horas y horas hundidas en el agua, como un marinero ahogado (556).

Otra advertencia

Hasta aquí los papeles que mi infortunada amiga...

Madrid, primavera de 1947. – Los Corrillos, sierra del Guadarrama, otoño de 1952.
Con grandes lagunas.

Algunas palabras al que leyere

No sé, ni creo que sepa nadie, lo que, de verdad, es la novela (...) A mí me parece que para el novelista es peligroso encorsetarse en una manera determinada y creer que son malas todas las demás. Yo he intentado todo lo contrario: creer que todas las formas son igual de buenas o de malas, y que lo que prevalece, a la postre, es el talento del escritor. Esta *Mrs. Caldwell* es la quinta novela que publico y la quinta técnica de novelar que empleo.

En *La familia de Pascual Duarte* empecé a sumar acción sobre la acción y sangre sobre la sangre y aquello quedó como un petardo. Los novelistas de receta, al ver que había tenido cierto buen éxito empezaron a seguir sus huellas y nació el tremendismo, que es una estupidez de tomo y lomo. En *Pabellón de reposo* intenté hacer el anti-Pascual (*), una novela donde no pasa nada y donde no hay golpes, ni asesinatos, ni turbulentos amores (...) Sin referencia geográfica, onomástica o temporal que permitiese su localización en una época o lugar determinados, *Pabellón* fue mi prueba pacífica.

En mi *Lazarillo* intenté actualizar uno de los más antiguos, bellos e ilustres mitos de nuestra literatura clásica. Creo que, como ejercicio, puede ser provechoso para el escritor. Se navega siempre bordeando el pastiche, pero también se aprenden muchas cosas que pueden ser de utilidad. [Yo], por lo menos, me entretuve. *La Colmena* es la novel de una ciudad concreta y determinada, Madrid, en una época cierta y no imprecisa, 1942. [Si las tres novelas anteriores estaban narradas en primera persona] En *La Colmena* salto a la tercera persona. Es una novela reloj, hecha de múltiples ruedas y piecitas, una novela sin héroe, en la que todos sus personajes viven inmersos en su propia insignificancia. En *Mrs. Caldwell*, mi quinta y por ahora última novela intento usar la segunda persona. [En esta] novela –o lo que fuere- escrita en trance (...) me dejé llevar de mi más auténtica y peligrosa vena poética. Algunos psiquiatras amigos me han hablado del complejo de Electra; no deja de ser natural. [Parece confundir el complejo, ya que el que cuadra a la novela es el de Yocasta.]

(*) No soy amigo de polemizar, porque la discusión como el amor y el afán de mando, me parece un claro signo de deficiencia mental (579).